



Indios de blonda cabellera: Historia y ficción en el Chaco Boliviano (Siglo XIX)

Isabelle Combès*

* Instituto Francés de Estudios Andinos (UMIFRE 17 MAEDI/CNRSUSR 3337 - América Latina)/Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas (CIHA). kunhati@gmail.com

Recibido 21 de febrero de 2017, aceptado para su publicación 20 de marzo de 2017.

Palabras Clave:

Chaco;
Pilcomayo;
Indios blancos;
Cautivos;
Representaciones.

RESUMEN

Este texto presenta y compara diferentes relatos sobre blancos “hechos indios” en el Chaco boliviano de la segunda mitad del siglo XIX. Algunos son casos históricos, otros provienen de la ficción. Los diversos autores censuran los casos reales, mientras alaban a los personajes de ficción. Sin embargo, el artículo muestra que en ambos casos los autores actúan movidos por los mismos criterios y prejuicios que postulan una inferioridad irremediable del indígena.

Keywords:

Chaco;
Pilcomayo;
White Indians;
Captives;
Representations.

ABSTRACT

The paper presents and compares several tales about Whites that “turned into Indians” in the Bolivian Chaco during the second half of XIXth century. Some of them are historical cases and others are rather fictional. Several authors condemn the real cases while they praise the fictional characters. Nevertheless, the article shows that in both cases they are moved by the same set of prejudices and criteria, and postulate an inevitable inferiority of the Indians.



Los trabajos publicados en esta revista están bajo la licencia Creative Commons Atribución - No Comercial 2.5 Argentina.

INTRODUCCIÓN

Hay agujeros negros en la Historia, y agujeros blancos también. En octubre de 1892 el subprefecto de la provincia Cordillera, en el Chaco boliviano, señala la existencia, entre los indígenas indómitos al mando del jefe Cayuguari, de “cinco niñas de 12 años de edad en calidad de cautivas”¹. En 1883 la nómina de los expedicionarios bolivianos que se internaron en el Chaco para llegar al Paraguay junto con Daniel Campos registra al menos nueve huidas de soldados del Batallón Tarija; una lacónica mención acompaña cada nombre: “desertó en el Chaco” (Campos 1888:545-547). ¿Qué fue de estas niñas, cuál fue el destino de estos hombres? No lo sabemos. Pasaron al otro lado del telón, al otro lado de la frontera que sigue separando a “civilizados” e “indios bárbaros”. Como tragados por la “tierra adentro”, han desaparecido también de las crónicas y reportes.

A lo largo del siglo XIX en el sureste del país, la frontera hacia los llanos orientales, antaño representada por la “Cordillera chiriguana”, se ha ido desplazando hacia el Chaco y los “bárbaros” han cambiado de rostro. Son ahora los tobas, los maticos o los chorotis, los indígenas chaqueños en suma, quienes reemplazan en el papel del villano y del salvaje al chiriguano reducido en haciendas o en misiones. Este movimiento es más notorio en la segunda mitad del siglo, cuando se resquebraja hasta desvanecerse la resistencia de los chiriguanos a la colonización.

Si bien la información sobre los indios indómitos del Chaco se incrementa en relación con la época colonial, sigue siendo parca. Los magros datos surgen en ocasión de una exploración, una escaramuza o un efímero tratado de paz. Y la situación es aún más inquietante si cabe para personajes como los que evoqué al empezar. Algunos cautivos logran ser rescatados después de un tiempo relativamente corto, como Cecilia Oviedo en 1884, gracias a la intermediación de los misioneros franciscanos de la frontera chaqueña

¹ Carta del subprefecto de la provincia Cordillera al prefecto de Santa Cruz, 11.10.1892 (MHSC FMM, caja 4 carpeta 10).

(Oviedo 1884). Otros, por alguna razón, escogen quedarse a vivir entre los indígenas. Otros más no son cautivos, sino desertores o malhechores, marginados, fracasados, que decidieron cruzar definitivamente la frontera. Muy pocos de estos casos son conocidos. Radicados en el otro lado de la frontera y de la escritura, ninguno de los “tránsfugas” contó él mismo su historia. Las noticias surgen al azar de las exploraciones y de las expediciones cuando alguien, por casualidad, se topa con ellos y lo registra en un informe, un diario, un libro.

Los casos efectivamente conocidos son tan escasos y tan pobremente documentados que desafían cualquier intento de sistematización, de generalización o de análisis. No quiero aventurarme aquí a indagar los motivos que tuvo esta gente para cruzar la frontera y decidir quedarse; tampoco me arriesgaré a querer entender por qué razón, o movidos por qué “*ethos* predatorio”, los indígenas los acogieron. Nuestra información no proviene ni de los blancos devenidos indios, ni de los indígenas que les aceptan en su grupo: se encuentra en escritos de soldados, misioneros, exploradores u

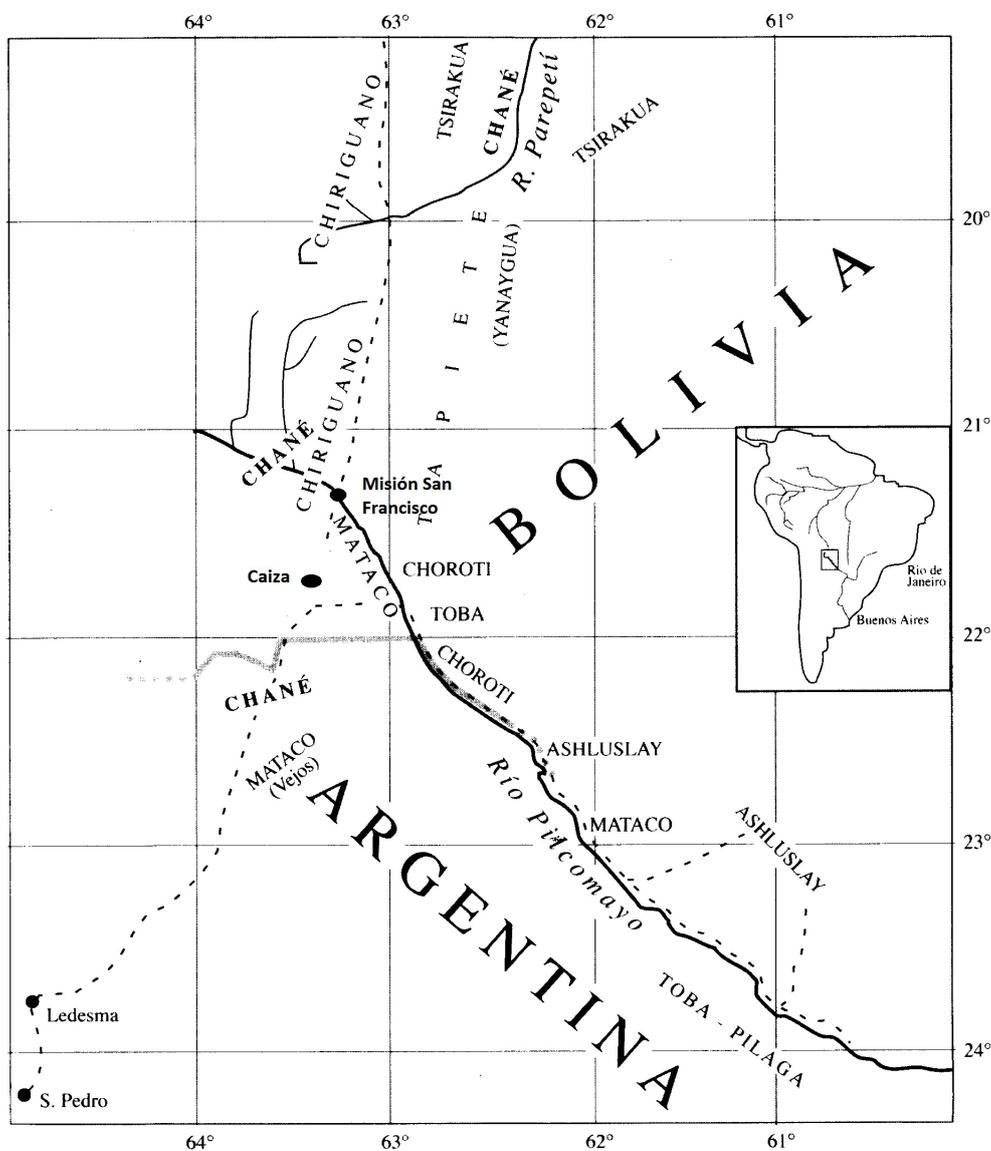


Figura 1. Adaptación del mapa de Nordenskiöld 2002 [1912].

autoridades y, como suele pasar, revela a menudo más cosas sobre el que escribe que sobre lo que escribe. De esta manera, la situación es formalmente similar a la de los otros casos que encontraremos aquí: aquellos tránsfugas de papel que aparecen en poemas, novelas, cuentos o incluso rumores. Se trate de notas de viaje o de escritos novelados, ambas literaturas revelan visiones, apreciaciones, representaciones acerca de los indígenas y acerca de los propios tránsfugas. Éste es mi interés en estas páginas –sencillamente, las pocas fuentes a nuestro alcance no permiten indagar sobre otros aspectos. En un primer momento voy a exponer los diferentes casos, reales y ficticios, para luego comparar, si no los tránsfugas entre sí, al menos los relatos sobre ellos.

RENEGADOS Y EMPARENTADOS

El infame Condori

En 1843 una expedición dirigida por Manuel Rodríguez Magariños, prefecto de Tarija, sale a explorar el río Pilcomayo. Parte desde Bella Esperanza en la orilla derecha del río, poco más debajo del paraje que, años después, devendría la misión franciscana de San Francisco Solano (actual Villa Montes). Veinte años después se construye un fortín en Bella Esperanza; el padre Gianelli, misionero franciscano de Tarija, proyecta establecer ahí mismo una misión para los indígenas noctenes (actuales weenhayek) del Pilcomayo. Pero las dificultades se multiplican. El fortín queda en manos de un puñado de soldados mal pagados, mal alimentados, librados a su suerte: *“muy pronto se vieron obligados a llevar una vida de salvajes, alimentándose de raíces y frutos silvestres y lo que es peor, a emparentarse con ellos”*, cuenta más tarde el padre Doroteo Giannecchini. Durante tres años Gianelli intenta trabajar junto con *“aquella gentuza ya barbarizada y desatendida”*, y civilizar tanto a los noctenes como a los *“semi-salvajes del piquete mestizo”*. En vano. A pedido de sus neófitos el Padre traslada finalmente en 1866 la misión naciente río más arriba, y sólo permanecen los militares en el fortín. Hasta que,

“tres meses después el jefe de Bella Esperanza, junto a sus cuñados los tobas,

mató a traición a aquellos militares que no le quisieron apoyar en su rebelión y a otros mestizos que casualmente se encontraban allí cuidando sus ganados; hizo prisioneros a otros hombres, mujeres y muchachos, echó al río los cañones, incendió el fortín y se llevó los fusiles y toda la munición de guerra, armas de caño y una gran cantidad de animales y huyó hacia el bajo Pilcomayo como apóstata de la religión y traidor a su patria, que le había confiado la vigilancia y conservación del fuerte de Bella Esperanza” (Giannecchini 1996 [1898]: 182).

Aunque ubique la rebelión en septiembre de 1867 en vez de 1866, el franciscano Alejandro Corrado cuenta la misma historia y agrega más detalles. El jefe del fortín es el cabo Condori –el apellido indica que se trata de un indígena quechua o, más probablemente, de un mestizo andino– y su cómplice un soldado llamado Pino. Juntos, *“los dos infames”* hacen entrar los tobas en el fortín. El saldo de la refriega son varios muertos y otros tantos cautivos. Los tobas queman el fortín y, junto con los traidores, *“ufanos por el pingüe botín”*, se retiran a Cabayurepoti, río abajo (Corrado 1884:433-434).

Pino desaparece enseguida del escenario: a los pocos meses, es asesinado por los tobas, *“por orden de su pérfido camarada Condori”* (Corrado 1884: 435 n. 1). Lejos de castigar los crímenes, las autoridades no quieren tener problemas con los tobas: en efecto, una nueva expedición al Pilcomayo se prepara, la de Sebastián Cainzo, y una guerra con los indígenas la haría fracasar irremediablemente. Esto, constata un amargado Corrado, pesa *“mucho más en sus balanzas que la muerte de dos personas plebeyas, la traición y apostasía de dos soldados de piquete, la alevosa insurrección de unos aliados salvajes y los perjuicios sufridos por unos criadores de vaca”* (Corrado 1884:435).

Diecisiete años pasan sin más noticias. Para Daniel Campos, delegado del gobierno boliviano, Condori *“definitivamente se incorporó, con su mujer, a la vida salvaje. El sargento se perdió años después, presumiéndose que se hizo un capitán poderoso*

de una numerosa tribu de los tobas gauchos después de haber visitado al Paraguay con su mujer” (Campos 1888:89). Es pues en ocasión de la expedición al Paraguay dirigida por el mismo Campos que nuevas noticias aparecen sobre el destino del desertor. Muy lejos Pilcomayo abajo, los exploradores encuentran a unos indígenas identificados como “mataguayos”:

“Nos hablaron de un tal Condori, capitán de una tribu que habitaba de allí a poca distancia, célebre por la multitud de sus ovejas y ganado vacuno; se cree que el tal Condori es el soldado que entregó el fuerte de Bella Esperanza a los bárbaros; y que las riquezas y preeminencias que goza, son el premio de su traición a la causa de la civilización” (Paz Guillén 1886:53).

María Toba

El destino de María está estrechamente ligado con el de Condori: se trata, pues, de su esposa (figura 2), que compartió por un tiempo su suerte. Campos la encuentra en 1883 en los parajes de Cabayurepoti, y cuenta:

“Abandonada María por su marido se radicó entre los tobas que venían a vernos, con quienes se hallaba ya emparentada por alianzas de sus hijos.

María es una mujer que frisa en los 60 años. Es de la raza de las mestizas que pueblan la frontera de Tarija; sus facciones, antes regulares, han adquirido la dureza del salvaje unida a cierta desconfianza y timidez que han dado a su semblante un sello de particular expresión. Sus cabellos grises, cortados a raíz como acostumbran las mujeres tobas, y lo anguloso de sus líneas, dificultan en el primer momento distinguir su sexo. Cuando nos fue presentada, al centro de dos tobas capitanes, creí al golpe de vista que era un augur o anciano el que venía. Esa sonrisa peculiar del miedo que quiere despejar una primera situación, afrontándose a lo desconocido que se teme, se reflejaba en esta senil fisionomía.

Hablaba perfectamente el español y los tobas claramente la trajeron como intérprete, como consejo y lazo de unión” (Campos 1888:89).

María indica a Campos que conoce el camino que lleva al Paraguay, pero se rehúsa a guiarlo: *“Hace muchos años que fui, y si errara el camino me matarían ustedes’.* *Cuán familiarizada está en el salvaje la idea de poder ser victimado por cualquiera falta”.* Y María miente también a Campos, “maliciosamente”, cuando afirma que se necesitan tres largos meses para llegar al Paraguay (Campos 1888:90).

Para el compañero francés de Campos, Arthur Thouar, María directamente es toba. La describe en estos términos: *“una pobre india anciana, pequeña, con los cabellos cortados al ras, los acompaña. Es María, una toba a quien reconoce perfectamente bien el coronel Estenssoro [...] habla perfectamente el español”* (Thouar 1997 [1891]: 110).

María reaparece brevemente al año siguiente, en ocasión del rapto de una joven criolla, Cecilia Oviedo, por parte de los tobas del jefe Taicoliqui (Oviedo 1884). Cecilia la llama “María Toba”. En la historia del rescate de la joven, María actúa como intermediaria y también como intérprete entre los tobas y los franciscanos de la misión de San Francisco Solano –un papel no muy diferente, pues, del que le tocó desempeñar un año antes con la expedición Campos.

José Napoleón Correa, amañado con los tobas

Al igual que la de Condori y María, la historia de José Napoleón Correa inicia en Bella Esperanza, cuando la traición de los dos desertores abre las puertas del fortín a los tobas. Parte del botín de los indígenas son cinco cautivos: dos hombres, una mujer con una bebé, “y un muchacho de 7 años llamado Napoleón” (Corrado 1884:434). Los franciscanos empiezan de inmediato las negociaciones para rescatar a los prisioneros:

“El conversor de San Francisco recibió orden de enviar sus tobas a los pueblos de los insurrectos para que, ofreciéndoles

por parte de los cristianos una amnistía completa, negociasen con ellos el rescate de los cautivos. Restituyeron sin dificultad a los dos hombres que habían hecho prisioneros en Bella Esperanza; mas, de la mujer y chiquillos reserváronse la entrega para cuando los cristianos devolviesen a un muchacho toba, hijo muy querido del cacique Cayutii, a quien cinco años antes habían llevado cautivo los caizeños. Los cristianos prometieron, y no cumplieron; ni los tobas dejaron a sus presos” (Corrado 1884:435-436)².

Más tarde, la mujer y la bebé también son devueltas. Pero los tobas se niegan a entregar a Napoleón, “mientras no se pusiese en sus manos el hijo del cacique Cayutii, tantas veces solicitado, tantas veces prometido, y nunca entregado” (Corrado 1884:439).

A partir de informaciones franciscanas, Thour agrega luego algunos detalles. José Napoleón habría sido el hijo adoptivo de un tal José María Soruco, apresado junto con su mujer durante el asalto de Bella Esperanza. Soruco era, entonces, uno de los dos hombres hechos prisioneros en la versión de Corrado. Él, su esposa y el bebé fueron liberados en noviembre de 1866, pero no así José Napoleón, porque los blancos no liberaron a sus propios cautivos tobas³. La última información de Corrado es la siguiente:

“El infeliz Napoleón, criándose entre los tobas, se amañó con ellos y sus costumbres. En lo sucesivo no le faltaron ocasiones para volver libremente entre sus deudos; pero prefirió las libertades de la vida selvática a las ataduras de la civil: y hasta el día en que esto escribimos, permanece entre los tobas, y como uno de ellos” (Corrado 1884: 439 n. 1).

² Los “caizeños” (caiceños) son los habitantes del pueblo criollo de Caiza en la frontera chaqueña.

³ Notas sobre el P. Giannecchini, 25.08.1886, anexos de “Circonstances qui ont précédé et suivi le massacre de la mission Crevaux”, 5.10.1899, ANF/17/3009B, dossier Thourar, doc. 9.



Figura 2. María Toba, croquis de T. Novis, AN-F/17/3009B, dossier Thourar.

El libro de Corrado fue publicado en 1884. Este 15 de septiembre del mismo año, los franciscanos, las autoridades civiles y militares bolivianas, los tobas y otros grupos chaqueños celebran un tratado de paz (Tratado 1988 [1884]). Tal vez como consecuencia de este acuerdo, a fin de año o a más tardar en 1885 José Napoleón Correa vuelve a aparecer en la frontera:

“José Correa. Tal es el nombre de un cautivo que tomaron los tobas hace 14 o 18 años, y que ha vivido entre ellos todo este tiempo, hasta haber olvidado el español; no ha mucho tiempo que ha sido devuelto o ha salido a los pueblos del Chaco, donde es objeto de admiración. Hemos visto dos cartas en las que se habla de este hombre; en la primera se hace la descripción de su aspecto físico: hombre robusto, de talla extraordinaria, tez tostada por el sol tropical y accidentes que le atraen la simpatía de cuantos le ven; la segunda se

refiere a relaciones hechas por él sobre la muerte de Crevaux y su comitiva [...]" Caiza, diciembre 9 de 1885 (Anónimo 1885).

Luis Oliva, renegado de la civilización

Después del encuentro con María Toba, la expedición Campos llega más abajo sobre el río Pilcomayo a Piquirenda, pueblo de los indígenas güisnays (wichi). Ahí, dice Campos,

"se nos presentó en demanda de pan en cambio de una piel de jaguar, un salvaje completamente desnudo, que hablaba perfectamente bien el español. Era un renegado de la civilización, un argentino, que [...] se había internado a los bosques. Se llamaba Luis Oliva" (Campos 1888:120).

El subteniente José Paz Guillén, integrante de la expedición Campos, es más locuaz:

"Se nos presentó un joven de 22 años poco más o menos, completamente desnudo y en traza igual que aquellos [los güisnays], ofreciéndonos una piel de tigrecito en cambio de pan. Fue grande nuestra sorpresa cuando el desconocido nos habló en nuestro idioma con aceptable corrección. Al punto conocimos que no pertenecía a la raza bárbara y creímos que algún incidente adverso le redujo a la esclavitud. La curiosidad de saber las causas que ocasionaron su desgracia; la idea que concebimos de redimirlo y hacerlo nuestro intérprete; y la avidez de conocer las costumbres de los bárbaros, hizo que lo lleváramos con insinuación a la carpa del teniente Germán Cortés, donde lo aturdimos con nuestras preguntas, que las satisfizo con gusto aunque no sin ocultar cuánto podía desfavorecerle a juzgar por sus reticencias y contradicciones. Díjonos que se llamaba Luis Oliva, de una colonia del Chaco argentino, y que por haber perdido los caballos de su patrón, cuya severidad nos ponderó, se había refugiado en los bosques;

que lleva ya dos años de vida salvaje, y de salvaje esclavo. Nuestros jefes, sabedores del caso, no sólo por la compasión que inspiraba este desgraciado sino también por lo útil que podía sernos, se insinuaron eficazmente para que dejara su situación tan miserable y aceptara nuestra protección y compañía; pero todo fue inútil; el tal Luis Oliva nos manifestó, con repugnante energía e indignación, lo resuelto que estaba a morir en medio de los bárbaros y no volver a ver más gente civilizada. La resolución de Oliva, ¿es una protesta contra los defectos de la civilización, que no ha podido impedir todavía que haya víctimas y verdugos en medio de ella; o más bien, el resultado de haberse persuadido de que los criminales no deben ni pueden vivir en medio de la sociedad que castiga los crímenes?...Entre otras razones que nos dio Oliva para no ceder a nuestras insinuaciones, fue la de que tenía que atender a su padre que estaba con el pie fracturado y cautivo en una tribu vecina" (Paz Guillén 1886:32).

"Criminal o inocente", Oliva instruye a los expedicionarios sobre los indígenas del Pilcomayo: *"según sus relaciones todas las tribus son generalmente perversas"* (Paz Guillén 1886:33). Concluye Paz Guillén:

"Los cristianos que caen en poder de los salvajes sirven a sus caciques como esclavos; tienen mucha desconfianza de ellos y les obligan a vivir en una choza apartada de sus ranchos, jamás participan de sus fiestas y reuniones, se ocupan únicamente de cazar y pescar para sus bárbaros dueños. Esta es también la suerte de Luis Oliva a quien debemos estos detalles" (Paz 1886:35).

La nuera de Cayuguari

El último caso es el de una mujer cuyo nombre desconocemos. Un solo autor la menciona, y de una manera muy escueta. Al referirse a Cayuguari, un chiriguano que escogió huir de la misión franciscana refugiándose en el Chaco, el

antropólogo sueco Erland Nordenskiöld señala a inicios del siglo XX:

“Tiene por nuera una mujer blanca raptada. Cuentan que Cayuhuari fue con los tobas a visitar las fábricas azucareras del norte argentino llevando a su nuera. Los propietarios de la fábrica ofrecieron a ésta salvarla de los indios. ‘No quiero dejarlos’, dijo ella. ‘Tengo mis hijos entre ellos’. Esta respuesta la honra” (Nordenskiöld 2002 [1912]: 150).

¿Quién sabe si esta mujer, adulta en 1908, no era una de las cinco niñas blancas cautivas de Cayuguari en 1892?

CAUTIVOS DE PAPEL

Los tránsfugas también existen en la ficción. De los cuatro casos que voy a exponer aquí, dos (Enrique de Ibarreta y Manuel Oviedo) se basan sobre historias reales: son rumores o versiones que circularon, y no tienen base histórica; otro proviene de una novela (Teófilo Novis), y el cuarto (Teyú) de un poema. En cuanto a los autores de estos textos, dos son parientes y miembros de una prestigiosa familia de Tarija: Leocadio Trigo fue delegado del gobierno para el Gran Chaco a inicios del siglo XX; Bernardo Trigo un escritor reconocido en la Tarija de la primera mitad del siglo XX. Otro es el Daniel Campos que ya encontramos, ex delegado del gobierno en la expedición al Paraguay de 1883, y activo liberal; el cuarto es un francés que también fue partícipe de una expedición al Chaco en 1887, y se radicó luego en Sucre.

Teófilo Novis según él mismo (c. 1890)

El francés Théophile Novis acompañó en 1887 la expedición de Arthur Thouar al Chaco en calidad de dibujante. De vuelta a Francia y, luego, en Bolivia donde volvió a fin de siglo y se quedó hasta su muerte, Novis se dedicó a escribir cuentos y novelas de ficción, muchas de ellas con el Chaco como teatro. Uno de estos cuentos es *Captivité chez les Indiens Matacos et Tobas*, publicado en español en Sucre bajo el título *Estudio de la vida y costumbres de los indios del Chaco y su posible*

civilización y firmado por “Teófilo” Novis⁴.

El mismo Novis es el protagonista de su cuento. En un primer momento, cae prisionero de los indígenas matacos del río Bermejo en ocasión de una expedición de cacería. Se enamora de la hija del cacique, pero intenta huir por todos los medios. Gracias a su ingenio, logra ganar la confianza de los indios y los salva de los indios tobas. Sin embargo, en una suerte de intercambio y para salvaguardar la paz, Novis acaba siendo entregado como prisionero a los tobas del cacique Peloco. La segunda parte se inicia entre los tobas del Pilcomayo, donde Novis es más libre y se gana la amistad y confianza de Peloco. Se enamora y se casa con Ita, joven mestiza hija de una toba y un francés antaño prisionero de los indios, hoy muerto. Casi libre, Novis va a la población criolla de Caiza, pero decide volver a vivir con los tobas, a quienes empieza a educar: enseñanza escolar (leer, escribir, contar), práctica (hacer mantequilla para vender, aprender carpintería, medidas de higiene, etc.) y moral (no pelear sin motivo contra otros indígenas, por ejemplo). Finalmente, muerto Peloco, Novis se vuelve cacique de los tobas bajo el nombre de Novsoka (supuesta pronunciación toba de “Novis”).

Si bien la trama de la historia sale directamente de la imaginación del autor, el mismo tiene el cuidado de salpicar su relato de nombres y referencias reales al Pilcomayo. Aparecen así Peloco, histórico cacique toba, y lugares como Teyu y Cabayurepoti, tolderías indígenas.

La Teyú de Daniel Campos (1897)

La heroína de este largo poema es Celichá, una muchacha mestiza. Su madre toba, llamada Carmen entre los criollos, fue raptada de niña y criada en el villorrio de San José en Argentina, donde vivían muchos inmigrantes españoles e italianos. Los indígenas tapietes asaltaron una noche el pueblo y se llevaron a Carmen. La joven fue entregada como esposa al capitán de la tribu tapiete, pero ya estaba embarazada:

⁴ Novis c. 1890; Novis 1918-19 y 1919-20 para la publicación boliviana. Ver Combès 2017a.

“A las cuatro lunas, poco más o menos, Carmen di a luz una criatura blanca como el jazmín y hermosa como el espíritu del bien, de ojos claros y el cabello dorado como la corola de la flor de aroma, la que fue llamada Celichá, esto es ave de aurora. Evidentemente en las venas de Celichá corría la generosa sangre europea” (Campos 1897: Introducción).

Ya joven, Celichá se casa con Itau, otro mestizo, esta vez de padre toba –nadie menos que el gran cacique Peloko, que Campos recicla para su ficción como hizo Novis– y de Teyú, “su favorita”, matrona de ojos bellos, blonda cabellera y formas esculturales⁵. Quien viera a Teyú “toba jamás la creyera: y no lo es”. Volviendo a Bella Esperanza y a las fechorías de Condori, Campos hace pues de ella una niña cautivada durante el asalto de los tobas al fortín: “Teresita, la llorada en un hogar de Tarija, fue la Teyú que el desierto quiso adoptarla por hija”.

Enrique de Ibarreta según Leocadio Trigo (1905)
Explorador afamado, el español Enrique de Ibarreta partió en 1898 Pilcomayo abajo en otro intento más para reconocer su curso. Llegado a los esteros de Patiño tuvo que detener su marcha por problemas de navegación. Despachó a ocho de sus hombres a pie hacia Asunción, a donde tras muchas peripecias llegaron sólo dos. Del español no se supo nunca más nada. ¿Murió, quedó prisionero de los indígenas? Si bien la comisión enviada por el gobierno argentino concluye a su muerte a manos de los indígenas pilagás, otros no lo creen así. Leocadio Trigo, delegado gubernamental del Gran Chaco, escribe más tarde:

“El señor Ibarreta de constitución hercúlea, gimnasta extraordinario, dotado de un carácter templado como las hojas de acero toledanas, se quedó a vivir entre los salvajes, por quienes fue muy bien

recibido. No tardó en imponerse ante la tribu que lo hospedaba como un ser superior. Fue conceptualizado gran hechicero. Su inteligencia, sus conocimientos y su vigor físico le permitieron presentarse como un ser extraordinario que hacía milagros previendo y anunciando los fenómenos naturales, en condiciones de parecer verdaderas adivinaciones para los salvajes. Cuentan los indios que se casó en la tribu y que debe tener descendencia. Era no solamente admirado, sino querido con grande afecto por los salvajes. Provisto de municiones y de excelentes armas, era un gran cazador; para lo que se alejaba larguísimas distancias del pueblo donde vivía. Una vez, quizá fustigado por el hambre, cazó una pieza doméstica perteneciente a otra tribu alejada, donde por este insignificante motivo le dieron muerte. Su desaparición fue inmensamente sentida y llorada por la tribu en cuyo seno vivía” (L. Trigo 1905:525-526).

Más tarde Bernardo Trigo completaría la historia contada por su pariente, señalando un comunicado supuestamente enviado por el representante de España en Buenos Aires en junio de 1900: Ibarreta seguía vivo y “estaba casado con la hija del cacique Sumallen” (B. Trigo 1939:178).

Manuel Oviedo en Bernardo Trigo (1939)

El personaje de Manuel Oviedo y la historia de su cautiverio entre los tobas son reales. En 1884 Manuel, entonces de unos 10 años, acompañó a su hermana mayor Cecilia, recién casada con el teniente Aurelio Moral, que se dirigía desde el pueblo criollo de Caiza hasta la Colonia Crevaux sobre el río Pilcomayo. El 7 de enero, muy cerca de la Colonia, el convoy fue atacado por los tobas que se llevaron a Cecilia y Manuel como cautivos. Después de seis meses de tire y afloje entre criollos, franciscanos y tobas, Cecilia fue liberada el 2 de julio; Manuel, a su vez, fue devuelto el 14 del mismo mes⁶.

⁵ Campos 1897: Canto Tercero. Como mencioné, Teyu (sin acento) era una toldería toba del Pilcomayo. A su vez Itáú (con acento) era una misión chiriguana.

⁶Anónimo1884.

Sin embargo, una versión muy posterior recogida por Bernardo Trigo cuenta que Manuel nunca fue liberado, y que no se supo de él por mucho tiempo. Diez años pasaron:

“La mañana del 9 de abril del año [18]94 se presentaron varios indios en la misión de San Francisco, y entre ellos estaba Manuel Oviedo. Reconocido que fue, los suyos lo recogieron obligándole a tomar la correcta y natural vestimenta, con la que los hombres cubren su desnudez. Manuel se mira, se asusta y prorrumpe en un solo llanto. Busca sus serranías, ansía la soledad y corre... Manuel ya no era el cautivo de los salvajes tobas; huía del cautiverio de la mentida civilización. Quería sus sierras. Buscaba sus jueces y añoraba su cabaña, donde no había la ley que castiga al inocente y premia al malvado. La civilización lo ahogaba. Y Manuel desapareció, confundido en el lamento de los suyos y arrullado por el majestuoso Pilcomayo. Se perdió del escenario de la vida civilizada, para penetrar en ese mundo primitivo donde la justicia es una verdad y la libertad un derecho” (B. Trigo 1939:207).

ESPLENDORES Y MISERIAS

Ficción, historia o rumores hablan de hombres y mujeres, de adultos y de niños, que por una razón u otra decidieron internarse en el Chaco o –en el caso de los cautivos– escogieron quedarse entre sus raptos.

El caso de la Teyú imaginada por Campos es el mismo que el de la nuera de Cayuguari: dos niñas que fueron secuestradas, y acabaron casándose entre los indígenas. La historia de María Toba es diferente –era adulta cuando salió, y no estuvo cautiva–, pero ella también acaba “emparentada” con los tobas. Los casos de estas tres mujeres se confunden en las razones avanzadas para quedarse: lo hacen por sus hijos o por sus esposos, lo hacen por amor y por la familia. Ésa es, pues, la razón siempre avanzada por aquellas cautivas que fundaron familia entre sus secuestradores (Operé 2001), y ésa es también la respuesta de otra

Cautiva de ficción, la de Borges:

“Dijo que era de Yorkshire, que sus padres emigraron a Buenos Aires, que los había perdido en un malón, que la habían llevado los indios y que ahora era mujer de un capitanejo, a quien ya había dado dos hijos [...] contestó que era feliz y volvió, esa noche, al desierto” (Borges 1984 [1949]:559).

De la misma manera, y hasta cierto punto también, el caso histórico de José Napoleón Correa y el destino imaginado de Manuel Oviedo convergen: ambos fueron capturados siendo niños, y ambos se hicieron indios. La diferencia es que en la práctica José Napoleón volvió al menos por un tiempo entre los criollos, mientras el Manuel de papel regresó para siempre entre los indios.

Hasta aquí, y con las salvedades del caso, la ficción es relativamente fiel a la realidad. En toda América, y el Chaco no es la excepción, los indígenas siempre prefirieron cautivar a mujeres y niños por encima de hombres adultos que les podían causar más problemas. Porque se casan, porque tienen hijos o porque se crían en la toldería, mujeres y niños se “transculturán” más fácilmente, se integran mejor al grupo indígena⁷ –mucho más en el Chaco donde predomina la uxori-localidad. De hecho, como vimos, los tobas devolvieron sin ningún problema a los dos hombres cautivados en Bella Esperanza, mientras se hicieron rogar para hacerlo propio con la mujer y los niños.

En lo tocante a los hombres adultos, ficción y casos reales difieren sensiblemente. Por cierto, casi todos (la excepción es Luis Oliva) acaban como caciques y/o casados con hijas de caciques. Pero priman las diferencias. Condori y Oliva fueron voluntariamente al Chaco (mejor dicho, *huyeron* al Pilcomayo), cuando el Ibarreta de Leocadio Trigo y el Teófilo Novis de la novela no tuvieron elección: el primero se quedó varado en medio viaje, y el segundo fue hecho prisionero. Más aún, tanto Condori como Oliva son (al menos

⁷ Se puede consultar al respecto Operé 2001 y Socolow 1992.

para quienes los describen) renegados de su propia civilización, traidores, desertores, desgraciados. Ibarreta no lo es (espera que lo rescaten) y Novis menos aún, pues enseña más bien algo de su propia civilización a los indígenas.

Pero la diferencia mayor, la más inmediatamente perceptible entre realidad y ficción, está en la apreciación del que escribe. Todo lo que aparece rescatable, loable o al menos entendible en la ficción, en los hechos es rechazado, inspira piedad o asco, es criticado. José Napoleón Correa, que vive *“entre los tobas y como uno de ellos”*, inspira desconfianza a Corrado: pero Manuel Oviedo, cuyo caso es formalmente el mismo, aparece como una víctima en el texto de Bernardo Trigo, y se entienden sus ansias de libertad. Condori es infame, apóstata y traidor, Oliva un renegado repugnante: pero Ibarreta y Novis son admirados. Un mismo autor, Daniel Campos, canta las bondades de Teyú y manifiesta horror y desconcierto ante una María de carne y hueso. A las formas esculturales de la primera se oponen las duras facciones andróginas de la segunda.

De hecho, el único autor conforme con la realidad de las cosas es Erland Nordenskiöld: *“esta respuesta la honra”*. Incluso, al terminar su viaje, uno de sus compañeros, el sueco Carl Moberg, decide quedarse en Bolivia, en el río Pilcomayo, en vez de regresar a Europa. Este *“muchacho salvaje”*, audaz y valiente, congeniaba con los indígenas: *“si a Moberg no le gusta la vida entre los blancos, se quedará con los indios y las indias entre quienes se ha sentido tan bien”*⁸. Pero Nordenskiöld y Moberg son suecos, pero Nordenskiöld es antropólogo. Sus apreciaciones no reflejan lo que pueden pensar los criollos de la frontera y de más allá. Funcionan más bien como un contrapunto que destaca aún más la fascinación morbosa de los demás para con los indios, y para con los blancos hechos indios.

¿Por qué, entonces, tanta admiración y tantos elogios en la ficción? Porque es ficción, precisamente.

Ya lo apunté, todos los héroes de la ficción fueron

inicialmente cautivados, y ninguno escogió ir a vivir entre los indígenas. Desearlo sería algo sencillamente inimaginable. Cuando hablan de casos reales, los comentaristas insisten sobre este punto: Condori partió Pilcomayo abajo porque era ya un “semi-salvaje”, ya barbarizado; para Paz Guillén, si Luis Oliva acabó viviendo entre los güisnays, tuvo que ser por un “incidente adverso”, una “desgracia” que lo condujo hasta ahí. Oliva inspira compasión –pero acaba siendo “repugnante” cuando proclama que quiere quedarse. Por el contrario, cuando Ibarreta y Novis deciden permanecer entre los indígenas, su decisión es aplaudida. Es que Ibarreta está visto como un ser superior, extraordinario, es admirado –la jerarquía en vigor en la frontera entre blancos civilizados e indios bárbaros forzosamente inferiores se mantiene. Novis viene “blaqueando” a los indios con su enseñanza: *“a los infelices les faltaba alguien que les enseñase a ser hombres, a sacarlos del estado de animalidad en el que hasta ahora viven. Yo quedaré con ellos para civilizarlos, para que no anden como renegados”* (Novis 1919-20:1143). Novis no transgrede la frontera: la hace avanzar. Su esposa, porque es mestiza, está también vista como “un ser superior”⁹. El anónimo padre italiano de Celichá, o Teyú, la madre blanca del valiente Itau, vienen mejorando la raza. *“En las venas de Celichá corría la generosa sangre europea”*; Celichá, *“de cráneo europeo, raza más perfecta y nutrida”*, es la salvadora de los prisioneros, la amparadora de las mujeres, la compasión cristiana hecha mujer entre los de su tribu¹⁰. Se trata de un asunto de sangre. Y si bien Ibarreta no se casa con una mestiza, al menos es con la hija de un cacique. Alguien superior en todo caso, ya sea por el rango, ya sea por la sangre.

Otro factor que entra en juego en los retratos de la dulce Teyú y el infeliz Manuel Oviedo es la inagotable nostalgia del Buen Salvaje, de una edad prístina de inocencia, del “mundo primitivo” evocado por Bernardo Trigo, del Edén perdido. Ése es un abono fértil para la crítica social que esboza Trigo al hablar de Manuel, o para los románticos y

⁸ Respectivamente Nordenskiöld 2002 [1912]:208, 3, 298.

⁹ Novisc. 1890: 95.

¹⁰ Campos 1897, Introducción.

patéticos versos de Campos.

Sin embargo, en la práctica, los mestizos mejorados no existen. Los nietos de Cayuguari son indígenas; los de María, si los tuvo en el Pilcomayo, son tobas, lo mismo que los que tal vez tuvo Condori en su nueva vida de cacique pilcomayense. A la inversa, la hija que la criolla Cecilia Oviedo tuvo del jefe toba Taicoliqui durante su cautiverio, se cría en Caiza y es criolla (Combès 2017b). Los niños pertenecen pues al lugar donde se crían, por encima de su sangre o sus genes. Lejos de mejorar o cambiar en algo las cosas, pertenecen a un lado y a un solo lado de la frontera.

En la práctica, la nuera de Cayuguari era probablemente más parecida a la Cautiva de Borges, “rebajada” hasta la barbarie, o a la dura María, que a la blonda Teyú. En la práctica, finalmente, lejos de blanquear a los indios, los tráfugas “se barbarizan”. Se amañan, “en traza igual” a los indios. La nostalgia del Buen Salvaje y las ansias de civilización se hacen añicos cuando chocan contra la desnudez y las borracheras, contra el cruel azote de los vientos del Chaco y la arena del desierto; se estrellan contra la férrea decisión de los renegados por quedarse en un mundo impensable.

Los que se van son marginados, excluidos, perseguidos, y están muy lejos de querer propagar su civilización. Algunos encuentran un nuevo y mejor porvenir entre los indígenas –el cabo Condori, mal alimentado y librado a su suerte en un polvoriento fortín chaqueño, deviene un pudiente cacique– o, en todo caso, una vida que no es peor que la que llevaban antes. Es cierto que Paz Guillén hace de Luis Oliva un desgraciado esclavo, pero no es menos cierto que el argentino está resuelto a morir entre los salvajes. Está pues permitido dudar de la afirmación del horrorizado subteniente de Campos en este caso¹¹. El caso

de Oliva es algo similar al de José Napoleón Correa, supuestamente “cautivo” pero que, según Corrado, hubiera podido volver en diferentes oportunidades. La nota del periódico que anuncia su reaparición en Caiza dice que “ha sido devuelto, o ha salido”. No sabemos por qué Correa decidió volver a Caiza, ni si su salida fue definitiva. Los datos a nuestro alcance dejan demasiadas incógnitas sin resolver como para atrevernos a hacer suposiciones. María también, aunque hecha toba, conserva algunos lazos con el otro lado de la frontera, sale a las misiones franciscanas, conoce al coronel Estenssoro –estos lazos le otorgan un estatus de consejera o de intérprete entre los tobas. Tanto ella como Correa forman parte del elenco de estos personajes ambiguos, difusos y siempre sospechosos de la frontera, con un pie en un lado y el otro tierra adentro. Son protagonistas de un mundo real donde las etiquetas fijas que ordenan el mundo de los criollos y las fronteras rígidas que postulan entre indios y blancos no existen –y esta realidad movediza es la que la ficción no admite. Ibarreta, Teyú o Novis viven entre indios, pero siguen siendo blancos: superiores, más bellos, más fuertes, caciques. El tono admirativo y elogioso de la ficción se dirige a estos seres de excepción, o a dulces indígenas imaginados. En ningún caso a indios de carne y hueso, y no conllevan en ningún caso una apología de su mundo.

EL INDIO AUSENTE

De esta manera las apreciaciones de la ficción y las de los casos reales no aparecen ya tan opuestas como podía sugerirlo una primera lectura. Los “blancos-indios” de la ficción son elogiados precisamente porque siguen siendo blancos, y precisamente porque se trata de una ficción. La atracción y la fascinación por la transgresión debieron desempeñar su papel en estos relatos. Pero, finalmente, la escala criolla de valores se mantiene, y los autores escriben movidos por los mismos estereotipos y prejuicios. Es el mismo autor, Daniel Campos, quien alaba a Teyú o Celichá y queda pasmado frente a María, la toba. De esta manera también, la literatura criolla que hemos revisado no puede enseñarnos mucho sobre los blancos hechos indios en el Pilcomayo

¹¹ Según Paz Guillén, una de las razones por las cuales Oliva no acepta ser “liberado” por Campos es que tiene a su padre herido y prisionero en una tribu vecina. Parece una excusa inventada *ad hoc* por Oliva, que no se condice con su historia (llegó porque huyó de su patrón y no porque fue secuestrado). Tampoco parece muy verosímil que el joven haya podido cuidar de su padre si estaba cautivo en otro grupo.

de fines del siglo XIX. Nos falta su palabra. Sólo conocemos lo que se dice de ellos, a través de relatos donde a menudo sólo sirven de pretexto: para alabar la civilización propia, para criticarla al menos teóricamente –pero no para hablarnos realmente de tráfugas y menos aún de indios. Encontrarlos implica leer entre líneas, interpretar los silencios o las omisiones.

A decir verdad, algo similar puede advertirse en los actores concretos de estos dramas individuales. Aquellos que fueron hechos cautivos de niños se hicieron indígenas, pero no se trata en este caso de una real elección; aquellos que llegaron ya adultos primero huyeron antes que irse al encuentro de otro mundo y otra gente. Aunque hayan llegado luego a apreciar su nueva vida, en los motivos de sus partidas como en las apreciaciones de los autores que escribieron sobre ellos, la “tierra adentro” se define como el reverso, bueno o malo, del mundo criollo; es su reflejo invertido y no tiene consistencia propia. Su impulso inicial no fue el de ir a conocer un mundo nuevo, sino abandonar el conocido. Por así decirlo, lo importante en su caso era partir, no tanto así el punto de llegada. Ninguno de ellos salió, como tal vez sí hizo Carl Moberg, para vivir con los indios por ellos mismos, en busca de ellos. ¿Qué fue del joven sueco? ¿Se habrá quedado, con su cuerpo tatuado a la moda choroti, “pintado, vestido y adornado como un indio”¹², a vivir “la vida de los indios”? No lo sabemos. Como el de tantos otros blancos hechos indios, su rastro se perdió en las arenas del Chaco. Un agujero blanco en la historia del Pilcomayo indígena.

SIGLAS DE ARCHIVOS

ABNB. Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (Sucre). MSS: manuscritos.

ANF. Archives Nationales de France (París).

MHSC. Museo de Historia de Santa Cruz. FMM: Fondo Melgar y Montaña.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se inscribe en el proyecto de

investigación I+D+i Ref. HAR2015-64891-P (MINECO/FEDER, UE) que se desarrolla en el seno del TEIAA (2014SGR532), grupo de investigación consolidado por la Generalitat de Catalunya.

BIBLIOGRAFIA

ANÓNIMO

1884. Otro cautivo. *El Trabajo*, Tarija, 29.07.1884, p. 4.

ANÓNIMO

1885. José Correa (Caiza, 9.12.1885). *El Trabajo*, Tarija, 22.12.1885, p. 3

BORGES, J. L.

1949. Historia del guerrero y de la cautiva. *Obras completas*, pp. 557-560. Emecé, Buenos Aires.

CAMPOS, D.

1888. *De Tarija a la Asunción. Expedición Boliviana de 1883*. Jacobo Peuser, Buenos Aires.

1897. *Celichá (Páginas del Gran Chaco Boliviano)*. Imprenta “El telégrafo”, La Paz.

COMBÈS, I.

2017a. Presentación. En T. Novis: *El Chaco en Imágenes*, pp. 7-43. Casa de la Libertad, Sucre.

2017b. Un rescate chaqueño. En prensa en *Indiana*.

CORRADO, A.I.

1884. Continuación de la historia del Colegio Franciscano de Tarija. En: A. Comajuncosa y A. Corrado: *El Colegio Franciscano de Tarija y sus Misiones. Noticias Históricas Recogidas por dos Misioneros del Mismo Colegio*, pp. 279-503. Colegio de San Buenaventura, Quaracchi.

GIANNECCHINI, D.

1996[1898]. *Historia Natural, Etnografía, Geografía, Lingüística del Chaco Boliviano*. FIS/ Centro Eclesial de Documentación, Tarija.

NORDENSKIÖLD, E.

2002[1912]. *La Vida de los Indios. El Gran Chaco (Sudamérica)*. APCOB/Plural, La Paz.

2003 [1922]. *Indios y Blancos en el Nordeste de Bolivia*. APCOB/Plural, La Paz.

NOVIS, T.

¹² Nordenskiöld 2002 [1912]: 73, 75.

- c. 1890. Captivité chez les Indiens Matacos et Tobas. Étude des mœurs et coutumes des Indiens du Chaco. Leur civilisation possible. ABNB MSS Libro 1.
- 1918-19. Estudio de la vida y costumbres de los indios del Chaco y su posible civilización. Primera parte. *¡Adelante!* 13 a 17: 616-625, 633-643, 726-733, 770-778, 829-834.
- 1919-20. Estudio de la vida y costumbres de los indios del Chaco y su posible civilización. Segunda parte. *¡Adelante!* 18 a 22: 888-899, 961-973, 1023-1034, 1070-1079, 1142-1150.
- OVIEDO, C.
1884. Un rescate (San Francisco, 7.07.1884). *El Trabajo*, Tarija, 29.07.1884: 2-4.
- PAZ GUILLÉN, J.
1886. *A Través del Gran Chaco. Relación de Viaje de la Expedición Militar Boliviana en 1883*. Imprenta Jacobo, Buenos Aires.
- SOCOLOW, S. M.
1992. Spanish captives in indian societies: cultural contact along the Argentine frontier, 1600-1835. *The Hispanic American Historical Review*, 72 (1): 73-99.
- THOUAR, A.
- 1997 [1891]. *A través del Gran Chaco, 1883-1887*. Los Amigos del Libro, La Paz/Cochabamba.
- TRATADO
- 1988 [1884]. Tratado de paz entre los blancos con los tobas, noctenes, tapietes y chorotis. En: E. Langer y Z. Bass Werner de Ruíz (eds.): *Historia de Tarija (Corpus Documental)*, t. V, pp. 252-254. Universidad Autónoma "Juan Misael Saracho", Tarija.
- TRIGO, B.
1939. *Las Tejas de mi Techo. Páginas de la Historia de Tarija*. Editorial Universo, La Paz.
- TRIGO, L.
1905. El Alto Pilcomayo. Informe oficial sobre las exploraciones bolivianas. *Revista de Derecho, Historia y Letras*. Año VIII – tomo XXIII: 524-553, Buenos Aires.